

**UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
SEDE ECUADOR**

ÁREA DE HISTORIA

PROGRAMA DE MAESTRÍA EN HISTORIA

**ESPACIOS Y PRÁCTICAS DE SOCIABILIDAD
LETRADA EN GUAYAQUIL (1895-1920)**

ÁNGEL EMILIO HIDALGO ORTIZ

2011

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos a la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autor, autorizo a la Universidad Andina Simón Bolívar la publicación de esta tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

Ángel Emilio Hidalgo Ortiz

Quito, 30 de septiembre de 2011

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR

SEDE ECUADOR

ÁREA DE HISTORIA

PROGRAMA DE MAESTRÍA EN HISTORIA

**ESPACIOS Y PRÁCTICAS DE SOCIABILIDAD LETRADA
EN GUAYAQUIL (1895-1920)**

ÁNGEL EMILIO HIDALGO ORTIZ

TUTOR: GUILLERMO BUSTOS LOZANO

2011

ABSTRACT

Esta tesis tiene como propósito indagar en los aspectos más relevantes de la constitución de esferas públicas y estudiar el funcionamiento de las sociabilidades letradas, particularmente de los actores, espacios y prácticas culturales que contribuyeron a la formación de un campo literario en la ciudad de Guayaquil, entre 1895 y 1920.

***A Wilman Ordóñez Iturralde,
mi hermano de búsquedas intelectuales***

AGRADECIMIENTOS

Agradezco, en primer lugar, a mi familia, que me acompañó en estos dos años de estudios.

Agradezco a María José Icaza y Wilman Ordóñez Iturralde, quienes en tiempos difíciles me apoyaron y estimularon para que pudiera terminar la tesis.

Agradezco a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, en la persona de su rector, Enrique Ayala Mora, por la beca que la Universidad me otorgó para culminar mis estudios de Maestría en la ciudad de Quito.

Agradezco a mi tutor, Guillermo Bustos Lozano, por sus iluminadoras recomendaciones académicas para el pulimento de los contenidos de la tesis.

Agradezco a mis queridos y apreciados maestros, quienes alumbraron el camino de mi formación.

Agradezco a mis compañeros de aula, por su sincera amistad.

TABLA DE CONTENIDOS

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| INTRODUCCIÓN | 7-13 |
| CAPÍTULO I.- GUAYAQUIL ENTRE 1895 Y 1920: ESPACIO URBANO, PRÁCTICAS DE CIVILIDAD Y DISCURSOS MODERNOS | 14-27 |
| CAPÍTULO II.- LA EXPERIENCIA DEL ATENEO, ENTRE LA POLÍTICA Y LA LITERATURA (1895-1905) | 28-39 |
| CAPÍTULO III.- LA SOCIABILIDAD DE LOS MODERNISTAS GUAYAQUILEÑOS (1896-1920) | 40-49 |
| CONCLUSIONES | 50-51 |
| BIBLIOGRAFÍA | 52-57 |

ESPACIOS Y PRÁCTICAS DE SOCIABILIDAD LETRADA EN GUAYAQUIL (1895-1920)

Ángel Emilio Hidalgo Ortiz

INTRODUCCIÓN

Acercarse al conocimiento de las prácticas de sociabilidad letrada en Guayaquil, con particular énfasis en el campo literario, en un periodo considerado de transición (1895-1920), es el objetivo de este trabajo. Considero que la periodización elegida responde a la necesidad de entender la naturaleza de los cambios producidos, en el ámbito de las sociabilidades, durante el periodo liberal, que también es conocido como la primera modernidad ecuatoriana, siguiendo a autores como Eduardo Kingman Garcés, quien propone, en el caso de Quito, la existencia de “un proceso de transición de lo que se ha denominado una ciudad patrimonial, o señorial, a la modernidad temprana”.¹

Reconociendo la disparidad de los procesos locales y regionales, en el marco de la nación ecuatoriana, planteo reconstruir las dinámicas de funcionamiento de la sociedad urbana guayaquileña, entre 1895 y 1920, en torno a las “nuevas” formas de vivir en la ciudad, es decir, prácticas y representaciones socioculturales “modernas”, marcadas por el ideal civilizatorio y el signo del progreso, consustanciales al proyecto ilustrado de las elites latinoamericanas de entonces –y

¹ Eduardo Kingman, “Cultura popular, vida cotidiana y modernidad periférica”, en Valeria Coronel y Mercedes Prieto, coord., *Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana*, Quito, FLACSO, 2010, p. 150.

Ecuador no fue la excepción- de inscribirse en los andariveles de una modernización capitalista, en el contexto del gran impulso económico que significó para el país, desde finales del siglo XIX, la comercialización del cacao en el mercado internacional.

En este trabajo me propongo dar cuenta de la aparición de nuevas sociabilidades que pueden ser consideradas modernas, entre actores de diversos orígenes sociales y económicos, pero que compartían la búsqueda del conocimiento letrado, a partir de su interés por participar en espacios de sociabilidad que reproducían los ideales de educación, instrucción y progreso intelectual.

Planteo el problema de la “sociabilidad letrada” siguiendo a Maurice Agulhon, quien en su libro *El círculo burgués* maneja el término como categoría histórica y lo identifica, específicamente, con “la aparición de asociaciones *voluntarias* (el partido, el club, por oposición a la familia, el taller, el estado) cada vez más numerosas y diversificadas, y, por otro lado, en el paso del estadio informal (jóvenes futbolistas en un terreno baldío) al estadio *formal* (club deportivo).”²

“Sociabilidad” es una noción maleable en su aspecto semántico, pues no depende exactamente de definiciones conceptuales, sino de la capacidad de entender los elementos de la trama social; es decir, los actores, espacios y prácticas, en el marco de las relaciones sociales intersubjetivas que se entretajan y activan, a partir de valores compartidos, según las condiciones sociales, políticas, económicas, ideológicas y culturales de una época. La sociabilidad se relaciona

² Maurice Agulhon, *El círculo burgués*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009, p. 39.

con la experiencia histórica que resulta de la inclinación natural que tienen los seres humanos de relacionarse entre sí.

En el caso de la ciudad de Guayaquil podemos articular una reflexión que ligue las condiciones de la vida material de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, con aspectos de la cotidianidad y las mentalidades que implican la puesta en escena de actores, espacios y prácticas de sociabilidad de nuevo tipo que entroncarían con procesos sociourbanos de alcance continental (América Latina), en un periodo de transición que definiría el paso de sociedades corporativas y señoriales a formaciones sociales modernas.

A finales del siglo XIX, el puerto de Guayaquil vive procesos de consolidación urbanística que, trascendiendo el crecimiento físico, se expresan en una densa movilidad de personas que proceden del campo, de manera que los espacios, redes y flujos se amplían considerablemente, manifestándose una incipiente conciencia de vivir en la ciudad.

Esa particular condición urbana se asume como experiencia desde la reproducción de discursos y prácticas ligadas a la cultura letrada e identificadas con valores de la ascendente sociedad burguesa, que accede al poder político y económico en el contexto de la Revolución Liberal.

En el presente estudio me propongo explicar cómo los sectores ilustrados guayaquileños se insertan en la modernidad, desde sus respectivos espacios, prácticas y lugares de enunciación, a partir de dos modelos de sociabilidad letrada que observo en las dos primeras décadas del siglo XX:

El primero tiene que ver con la sociabilidad propia de las sociedades de pensamiento o ideas (círculos, ateneos, centros literarios) que, de alguna manera, son una herencia del siglo XIX. Aquí, el papel del intelectual es doble: por un lado, el del escritor que elabora su obra creativa y por otro, el del ciudadano que participa activamente en la esfera pública.

El segundo es la sociabilidad reconcentrada de los poetas modernistas que prefieren la soledad de la creación, en una especie de individualismo reactivo, aunque no por ello menos crítico, al “espíritu mercantilista que inundaba la cultura diaria”.³ Estos artistas e intelectuales modernos prefieren no intervenir en las discusiones políticas, sino diseñar un espacio autónomo para el libre ejercicio del arte –particularmente, en relación al campo literario–, rechazando la “vieja” lógica de trazar con el medio “vulgar”, lo que implicaba convertirse en un intelectual identificado con alguna facción política.

Como dice el poeta y ensayista Fernando Balseca, “se hacen ciudadanos desde la poesía”,⁴ o sea, su sociabilidad está orientada al individualismo pero confluye en la creación de un espacio o campo literario autónomo, cuyo espacio vital será la revista literaria como lugar de creación y enunciación. Sugiero entonces, que las publicaciones literarias son los espacios donde estos actores observan lo social, convirtiéndose en lo que algunos llaman, con suspicacia, su “torre de marfil”, aunque en realidad son atalayas, altavoces de sus ideas.

³ Fernando Balseca Franco, *Llenaba todo de poesía. Medardo Ángel Silva y la modernidad*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Taurus, 2009, p. 77.

⁴ *Ibíd.*, p. 81.

El alejamiento de la “vulgaridad” del mundo de estos actores culturales implica, entonces, desprenderse de ciertas formas tradicionales de sociabilidad en un entorno mercantil capitalista y rodearse de un aura de autoridad que les llevará a imaginar una realidad, otra, desde la cual expresarán su “ideal” de vincular el arte y la vida.

Las anteriores serían dos maneras distintas de incorporarse en la modernidad ilustrada, las que antes que oponerse entre sí, más bien se complementan, porque sostienen y concretan, a su modo, diferentes trayectorias de la modernidad cultural en nuestro medio. Es decir, sería la forma cómo estos sujetos, de heterogénea clase social, género y condición etaria, se inscriben en el despliegue histórico de la modernidad occidental.

Para articular los nexos entre estas dos diferentes formas de ser modernos y acceder a la modernidad cultural me dispongo, en primer lugar, a reconstruir el crecimiento sociourbanístico que experimentó la ciudad-puerto, entre 1895 y 1920, así como la percepción que sobre este particular tuvieron los guayaquileños, como respuesta a una serie de dispositivos que influyeron en la reproducción de las ideologías del progreso: las campañas higienistas del municipio local, las representaciones simbólicas y culturales, entre otras.

A lo largo del trabajo emplearé la noción de “civilidad”, como categoría para entender el discurso de las elites criollas latinoamericanas, cuya hegemonía, al parecer, fue asumida por los sectores populares en el marco sociopolítico impuesto por el liberalismo, que fomentó el asociacionismo obrero y artesanal. Por ello, es tan importante para estos grupos populares organizados, la instrucción

letrada de sus miembros y la construcción de bibliotecas para los socios de las distintas asociaciones y sociedades mutuales.

Es la civilidad, es decir, la acción, ejercicio y conciencia de “ser ciudadano” y habitante de una ciudad, lo que condiciona las prácticas relacionales entre los sujetos urbanos. Según la historiadora Pilar González Bernaldo, cortesía y civismo son las dos caras de Jano en la noción de civilidad, pues están “profundamente imbricadas”⁵ en el ideal del ciudadano ejemplar que atraviesa el horizonte ideológico de las sociedades latinoamericanas, hasta bien entrado el siglo XX.

Me circunscribiré en este trabajo a estudiar las prácticas institucionalizadas de sociabilidad pública letrada, es decir, delineadas por parámetros y normas de aceptación grupales, con la puesta en práctica de relaciones horizontales entre sus miembros, quienes dialogan entre sí como iguales, en torno a la consecución de objetivos comunes. Estas prácticas de sociabilidad contribuyeron a crear esferas públicas letradas en la ciudad, por lo cual, me interesa detenerme en el estudio de uno de los centros literarios más prestigiosos de inicios del siglo XX en Guayaquil: el Ateneo Olmedo.

Construir una institucionalidad en torno a la cultura, a través de la formación de círculos y sociedades intelectuales, implica “civilizar la nación” desde el saber letrado, afán que perseguían los sectores medios ilustrados de la época, no solo en Ecuador, sino en toda América Latina.

⁵ Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 36.

No obstante, la mayoría de los autores que han trabajado el tema de la modernidad cultural se enfoca en el producto más llamativo de la sociedad de la época: el modernismo literario, y no en el proceso sociocultural que da lugar a ese tipo de producción intelectual. Intento evitar el sesgo estetizante que podría tener el análisis de estas sociedades de pensamiento artístico y literario. Me aproximo, más bien, a un enfoque sociocultural que prioriza la creación/reproducción de espacios/prácticas de sociabilidades letradas, en un Guayaquil que vive, a caballo, entre dos siglos.

Por ello, en cuanto a la sociabilidad de los modernistas, me detendré a observar los mecanismos de legitimación social con la aparición de nuevas publicaciones periódicas, enfocándome en la revista *Renacimiento* (1916-1917), que significó la consagración en el medio local y nacional de la llamada “generación decapitada”, para advertir los rasgos, gestos y prácticas diferenciales de esos literatos, en relación a sus antecesores.

Las fuentes para el estudio de las sociabilidades letradas son múltiples, pero me he centrado en las revistas literarias del periodo porque considero que arrojan información clave para entender este tipo de dinámicas socioculturales en Guayaquil durante el periodo estudiado (1895-1920). Además, he revisado bibliografía pertinente que me permite fundamentar nociones teóricas y seguir el desarrollo de los debates académicos en el campo de la historia de los intelectuales y especialmente de las sociabilidades ilustradas y prácticas asociativas durante la época moderna.

CAPÍTULO I

GUAYAQUIL ENTRE 1895 Y 1920: ESPACIO URBANO, PRÁCTICAS DE CIVILIDAD Y DISCURSOS MODERNOS

Guayaquil en 1896 contaba con 58.000 habitantes⁶ y experimentaba un vertiginoso crecimiento demográfico, alcanzando una tasa del 2,47% anual, entre 1896 y 1909.⁷ Una de las razones del inusitado aumento poblacional fue el arribo de migrantes procedentes del agro serrano y costeño que llegaron al puerto principal en busca de oportunidades, en pleno auge del boom cacaotero. Como se lee en *A la Costa* (1904), una de las novelas emblemáticas del primer realismo ecuatoriano, Guayaquil era “la ciudad del oro, del trabajo, de la actividad”.⁸ Así, por lo menos, lo percibían los serranos que migraban atraídos por la actividad económica y la promesa del salario como compensación a un trabajo que, en las mesetas andinas, generalmente les era esquivo.

Pero, ¿era realmente Guayaquil una urbe pujante? Sí lo era, en la medida en que se estaban creando las condiciones del proceso de acumulación originaria del capital y el nacimiento de una burguesía comercial y bancaria que lideró esa transformación económica. Sin embargo, Guayaquil también era la ciudad ecuatoriana donde se advertían más contrastes y se visibilizaban muchas desigualdades, como lo testimonia la literatura realista y los relatos de viaje de esa época: “Un día cargué con mujer e hijos, ¡y a Guayaquil!”, dice Salvador,

⁶ Milton Rojas M. y Gaitán Villavicencio, *El proceso urbano de Guayaquil 1870-1980*, Quito-Guayaquil, ILDIS/CER-G, 1988, p. 181.

⁷ *Ibíd.*, p. 22.

⁸ Luis A. Martínez, *A la Costa*, Quito, Círculo de Lectores, 1984 (1904), p. 158.

personaje principal de la novela de Martínez. Y continúa: “Allí, después de mil amarguras, conseguí un empleíto en la Aduana, con cuarenta pesos mensuales; ¡y viva usted con familia teniendo semejante sueldo!”.⁹

El notable crecimiento demográfico que experimentó Guayaquil, entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, estuvo relacionado, en buena medida, con el incremento de una fuerza de trabajo de origen andino –mestizo e indígena– que se incorporó en la esfera de la producción, desempeñándose como operarios, artesanos, obreros y vendedores informales.¹⁰ También hay que relievare el considerable flujo migratorio de montubios procedentes de las provincias del Litoral, especialmente de Manabí, Los Ríos y El Oro.

A medida que se expandía el sector terciario de la economía, la ciudad atraía a un mayor número de nuevos pobladores que se localizaban en los barrios periféricos. De hecho, si reparamos en el crecimiento espacial de Guayaquil a través de sus planos, notaremos cómo a partir de 1887 (plano de Teodoro Wolf), la urbe se despliega hacia el sur y hacia el oeste.

Entre 1896 y 1920, Guayaquil prácticamente se duplicó en número de habitantes (de 58.000 a 100.000);¹¹ es decir, bastó un cuarto de siglo para que afirmara su condición de mayor ciudad del Ecuador, rebasando a Quito, la capital, que en 1922 tenía algo más de 80.000 personas.¹²

⁹ *Ibíd.*, p. 185.

¹⁰ Véase Hernán Ibarra, *Indios y cholos. Orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, Quito, Editorial El Conejo, 1992.

¹¹ Milton Rojas M. y Gaitán Villavicencio, *op. cit.*, p. 182.

¹² Kim Clark, “El sexo y la responsabilidad en Quito: prostitución, género y Estado, 1920-1950”, en *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, No. 16, Quito, Corporación Editora Nacional, 2001, p. 38.

Si bien constatamos que el crecimiento sociourbanístico del puerto principal estuvo ligado a un auge económico que contribuyó al nacimiento y consolidación de la burguesía comercial y bancaria, a la par que ésta ostentaba el poder político, la gran mayoría de quienes residían en Guayaquil no disfrutaba de los beneficios de la naciente modernización capitalista.

Frente a una holgada clase burguesa en ascenso, que viajaba constantemente a París y se ocupaba esporádicamente de sus haciendas cacaoteras, existía un abigarrado sector de trabajadores populares, gente del pequeño comercio, vendedores informales, operarios manufactureros y acarreadores de un sinnúmero de enseres, que apenas sobrevivía con sus exiguos ingresos. Y entre aquellos y estos, un reducido número de trabajadores de una naciente clase media, entre los que destacaban oficinistas, comerciantes, artesanos, profesores, médicos, boticarios, obstetrices, abogados, periodistas, entre otros.

Si nos atenemos al orden de enumeración de los oficios y profesiones liberales que aparecían en las páginas de las guías comerciales de Guayaquil,¹³ observamos que se establecía el siguiente orden de prelación: banqueros, grandes comerciantes (exportadores e importadores), abogados, médicos, ingenieros, medianos comerciantes y artesanos, quienes intervenían en la polis desde el estricto lugar social que les correspondía, en el marco de una sociedad aún oligárquica y estratificada.

A la hora de caracterizar a los diferentes grupos que intervinieron en la configuración de una ciudad que se colocaba el ropaje de “moderna”, nos toca

¹³ *El Ecuador. Guía Comercial, Agrícola e Industrial de la República*, Guayaquil, Talleres de Artes Gráficas de E. Rodenas, 1909, pp. 777-808.

definir el talante de las elites políticas, económicas y culturales de la localidad, atendiendo a los rasgos ideológicos e impulsos materiales que nos permiten detectar la existencia de una utópica, es decir, de un ethos moderno que se orienta al cambio y la transformación de las bases materiales, sobre todo en las proyecciones urbanísticas –concretadas o no– que se formularon después del “incendio grande” de 1896.

Desde esta perspectiva, destaca la labor de un grupo de expertos planificadores y diseñadores urbanos cercanos a la Municipalidad de Guayaquil y a un sector dirigente que traza las principales aristas del cambio urbanístico: la idea, por ejemplo, de fundar la “New Guayaquil”, una nueva ciudad para las elites socioeconómicas donde actualmente se emplaza Durán, es decir, en la otra orilla del río, con un trazado de inspiración hausmaniana; a la que se suman los proyectos de bulevares como la Avenida Olmedo y el muro del malecón frente al edificio municipal, con efigies femeninas de líneas y resonancias clásicas.

La primera reflexión sobre la utópica sociourbana guayaquileña de inicios del siglo XX nos lleva a pensar en elites imbuidas por una modernidad ideológica estetizante que “negocia” la relación entre lo propio y lo ajeno, mirando siempre a Europa –y particularmente a Francia–, lo que les permite imaginar el acometimiento de una tarea civilizatoria, esto es, convertirse en mediadores o intermediarios “entre el gusto europeo y la barbarie hispanoamericana”.¹⁴

Nos hallamos frente a una elite local cuyas decisiones oscilan entre el pragmatismo utilitarista y el romanticismo utópico, por lo cual, la “nueva ciudad” es

¹⁴ Jean Franco, cit. en Jorge Larraín, *Identidad y modernidad en América Latina*, México, 2000, p. 118.

un artefacto y experimento único, en la medida en que hay un sector oligárquico que impone su voluntad, con los correspondientes mecanismos de control social municipal que delinear proyectos higienistas, interviniendo en la vida cotidiana y estipulando marcos de acción tendientes a domesticar al sujeto y habitante de la polis.

Si repasamos el corpus de ordenanzas municipales entre 1895 y 1920, observaremos cómo se regulan los más variados aspectos de la “sociabilidad popular”,¹⁵ desde el control de las actividades comerciales hasta la “limpieza social” de trabajadores informales en el centro de la ciudad, especialmente vendedores de zapatos y aquellos que trabajan en kioskos y caramancheles.¹⁶ Otro espacio de la urbe que se intenta desaparecer es el suburbio de balsas viviendas que se concentra al pie del río, prohibiéndose “formar puestos de ventas sobre el muro del Malecón, así como fuera de las embarcaciones”.¹⁷ Estas medidas buscaban precautelar el *ornato* público y evitar la aglomeración de comerciantes informales en la ciudad, pues su abigarrada presencia contradecía el afán ordenador de las elites municipales, introduciendo “desorden” y “caos”.

En el análisis de los aspectos simbólicos y materiales que estructuran la ciudad que emerge luego del “incendio grande” de 1896, no podemos desconocer la sinergia ideológica entre las nociones de orden y progreso. En el despliegue de la

¹⁵ Planteo la noción de “sociabilidad popular”, siguiendo al crítico literario Juan Poblete, en términos de una sociabilidad definida por las relaciones informales entre los miembros de un grupo, ligadas al “carácter de “competencia” o “habilidad” adquirible en la práctica de la vida cotidiana” (Juan Poblete, “Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXVI, No. 52, segundo semestre de 2000, p. 13.

¹⁶ “Ordenanza sobre ocupación de la vía pública con artículos de comercio”, 1893, en J.M. Amador, *Colección de Ordenanzas, Contratos y Resoluciones*, Guayaquil, 1894, p. 16.

¹⁷ “Ordenanza de canoas vivanderas”, 1893, *ibídem*, p. 19.

modernidad como proyecto civilizatorio y particularmente en el ámbito de la modernización socioeconómica, las elites locales apelarán a esa divisa de doble faz para emprender políticas de control del espacio público –con la correspondiente domesticación de los espacios y las personas–, por la vía de la racionalización urbanística.

Así por ejemplo, se destinaron solares y otros espacios para vendedores ambulantes en barrios periféricos de la ciudad (1913)¹⁸ y se segmentaron ramos del comercio como el de los vendedores de calzado, a quienes se los reubicó en “la segunda cuadra de la calle Clemente Ballén” (1908).¹⁹

Es posible que esta reordenación espacial derivara en una domesticación de los transeúntes urbanos populares en la ciudad de Olmedo, especialmente por las limitaciones que se establecieron sobre el uso del espacio público en parques, avenidas y paseos. En 1895, el Concejo Cantonal expidió un “reglamento” del céntrico Parque Seminario,²⁰ terreno donado por los hijos de Miguel Suárez Seminario, el que incluía la disposición de permitir la entrada al parque, únicamente a las personas “que estén decentemente vestidas y calzadas”,²¹ además, se prohibía la entrada a los ebrios y andar en bicicleta. Tampoco podían “acostarse en los bancos o en la glorieta”, “transitar por los lugares no pavimentados”, “situar mesas o puestos de ventas de frutas, dulces, comidas o

¹⁸ *Colección de leyes, decretos, ordenanzas, acuerdos, resoluciones y contratos concernientes a esta Municipalidad y correspondientes al año de 1913*, Guayaquil, Imprenta La Reforma, 1914, p. 290.

¹⁹ *Colección de leyes, decretos, mensajes, acuerdos, circulares, ordenanzas, resoluciones, reglamentos y contratos concernientes a esta Municipalidad y correspondientes al año de 1908*, Guayaquil, I. Concejo Cantonal de Guayaquil, 1909, p. 250.

²⁰ “Reglamento del Parque Seminario”, en *Colección de decretos, ordenanzas, resoluciones y contratos. Corresponde al año de 1895*, Guayaquil, Tip. de la E. de Artes y Oficios de la Sociedad Filantrópica, 1896, pp. 44-53.

²¹ *Ibíd.*, p. 45.

licores” y “toda reunión popular,²² desorden, algazara o corrillo que mortifique u ofenda a los paseantes o la moral”.²³

La ciudad deseada y proyectada por las elites municipales del puerto era, entonces, el asiento de la oligarquía y de las “familias conocidas”. En el caso de la zona céntrica, esos sitios públicos se reservaban para la utilización de un nuevo prototipo de ciudadano: el paseante, despreocupado “flaneur” que, a la usanza de Paris, recorría la ciudad en busca de bulevares, paseos y pasajes, con el fin de expandir su individualidad y agudizar su talante de “observador incógnito”,²⁴ resguardando su anonimato entre el gentío de la urbe.

Pero Guayaquil no era Paris y ni siquiera se asemejaba a las grandes ciudades latinoamericanas de la época (México, Buenos Aires, Lima), aunque sus elites políticas, económicas y culturales soñaban con trasplantar los valores del ethos moderno a la cuenca del Guayas. Y es que, finalmente, el proyecto de modernidad urbana en América Latina responde a un proceso de apropiación e instrumentación de los “productos culturales foráneos”, “en función de una inmediata intervención y corrección del rumbo que seguían sus sociedades para finalmente acceder a la civilización y al progreso material”.²⁵

Es decir, se era moderno, en la medida en que se establecían las condiciones para serlo. Y una de las primeras iniciativas para hacer de Guayaquil una ciudad moderna fue contratar a arquitectos, ingenieros y planificadores (nacionales y

²² El subrayado es mío.

²³ “Reglamento del Parque Seminario”, p. 47.

²⁴ Walter Benjamin, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Madrid, Taurus, 2001, p. 55.

²⁵ Agustín Martínez, “La ilustración latinoamericana y la modernización de la sociedad”, en Beatriz González Stephan y otros, *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994, p. 512.

extranjeros) para que diseñaran una “nueva ciudad”, luego del pavoroso incendio de 1896, evento que imprimió un “giro de tuerca” en la configuración de la topografía urbana del puerto principal.

La ciudad es un escenario donde se libran luchas por ocupar espacios de poder simbólico y muchas de ellas tienen que ver con las conmemoraciones y el orden de la memoria. En 1912 se crea la Junta de Embellecimiento, con el fin de preparar a Guayaquil para el aniversario del centenario de su independencia, en 1920. Inicialmente, el objetivo de esa junta cívica y patriótica era encargarse “de la conservación, mejora y administración de los paseos, plazas, alamedas y vías públicas en general”,²⁶ lo cual grafica, en cierto modo, el esbozo de una ciudad que se asoma al futuro, con la mención de alamedas que todavía no existen y un lenguaje grandilocuente que se repetirá en las obras públicas y campañas municipales del periodo.

En 1915, esta junta de obras públicas se transforma en la Junta Patriótica del Centenario, que intentó regular por primera vez el crecimiento urbano a largo plazo, realizando ampliaciones de vías céntricas como el Malecón y la calle Pichincha (antigua Calle del Comercio), creando la Plaza del Centenario –el monumento a los próceres del Centenario fue traído por piezas desde España y ensamblado en 1918– y proyectando la “urbanización del Cerro Santa Ana y Las Peñas, extensión del muro del Malecón sobre la ría, creación del Barrio Obrero y

²⁶ “Ordenanza por la que se crea la Junta de Embellecimiento de Guayaquil”, en *Colección de leyes, decretos, ordenanzas, acuerdos, resoluciones y contratos concernientes a esta Municipalidad y correspondientes al año de 1912*, Guayaquil, Imprenta La Reforma, 1913, p. 121.

el Parque Municipal".²⁷ Cabe señalar que estas dos últimas obras nunca se realizaron, aunque la idea de construir un gran parque municipal databa, por lo menos, desde 1909, como consta en el plano del proyectista Francisco Landín.²⁸

Estas innovaciones tendían a regular el incremento poblacional y racionalizar el uso y tenencia del suelo urbano. A esto se sumaban las regulaciones de ornato y construcción que intentaban controlar el uso extensivo de material combustible (madera, sobre todo) y racionalizar la ocupación del espacio público. Persiguiendo este último objetivo, en 1906, se prohibió la existencia de balsas-viviendas en la ría, práctica que aún pervive en la ruralidad de la cuenca baja del Guayas.

Otra medida orientada a urbanizar y por tanto desruralizar Guayaquil fue la objeción que hizo el municipio en 1915, al intento de habitar las quintas Medina, Pareja y Rendón, conminando a sus dueños para que rellenen sus predios y los incorporen a la planta de la ciudad.²⁹ A esto se suma la exigencia que se hacía a los constructores de diseñar planos con firmas responsables, lo que revela una visión moderna, opuesta a la tradición de utilizar maestros carpinteros, acostumbrados a levantar edificaciones de manera empírica.

²⁷ Pablo Lee, Florencio Compte y Claudia Peralta, *Patrimonio arquitectónico y urbano de Guayaquil*, Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Ediciones La Chaza, 1989.

²⁸ Milton Rojas M. y Gaitán Villavicencio, *El proceso urbano de Guayaquil, 1870-1980*, Guayaquil, ILDIS-Corporación de Estudios Regionales, 1988, p. 41.

²⁹ *Ibidem*, p. 72.

En el diseño de esta nueva ciudad se patentiza lo que el historiador Jorge Orlando Melo llama una “nueva diferenciación”³⁰ entre las capas altas de la sociedad y los sectores populares, implantándose así una nueva urbanidad que homogeniza las prácticas sociales emanadas del ethos burgués, al tiempo que naturaliza las diferencias socioeconómicas y culturales.

Estaríamos frente a lo que el historiador José Luis Romero definió como “ciudades burguesas”;³¹ es decir, sociedades latinoamericanas que desde la década de 1880 empiezan a cambiar su fisonomía hasta convertirse en ciudades modernas, bajo la inspiración de sus modelos europeos, particularmente París: “una suntuosa avenida, un parque, un paseo de carruajes, un lujoso teatro, una arquitectura moderna, revelaron esa decisión aun cuando no lograran desvanecer el fantasma de la vieja ciudad”.³²

Efectivamente, muchas de las iniciativas de cambio urbanístico en el Guayaquil de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, sólo quedaron en el plano de la utópica: así por ejemplo, la idea de construir el nuevo malecón –proyecto diseñado por Germán F. Lince, en 1906–, con 60 metros de ancho y un largo de 2.275 metros, ganándole terreno al río e instalando un funicular;³³ el túnel del cerro Santa Ana y la “New Guayaquil”, ciudad satélite residencial que se planeaba construir al otro lado del río, en Durán.

³⁰ Jorge Orlando Melo, “Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización”, en Jesús Martín Barbero y Fabio López de la Roche, ed., *Cultura, medios y sociedad*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998, p. 235.

³¹ José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, pp. 247-318.

³² *Ibidem*, p. 249.

³³ Milton Rojas y Gaitán Villavicencio, *op. cit.*, p. 83.

En el empeño de las elites locales por erigir una nueva ciudad, luego del gran flagelo de 1896, destaca la campaña publicitaria y simbólica que se emprendió con la publicación de almanaques, álbumes de ciudad y guías comerciales que promocionaron el rostro de la ciudad moderna. En este contexto, la fotografía como medio artístico participó del proyecto modernizador: la imprenta de diario *El Telégrafo* publicó *Guayaquil en 1908* y al año siguiente (1909), Aquiles Maruri editó el álbum *Recuerdo de Guayaquil* con fotografías de las calles céntricas del puerto y de sus principales edificaciones arquitectónicas.³⁴ En 1910, el clérigo español Juan B. Ceriola publicó el primer *Guayaquil a la vista* –que alcanzaría dos ediciones–, donde se recogen las diversas actividades de la vida moderna de la ciudad y aparecen representados –como en un álbum de familia– las instituciones guayaquileñas más visibles y personajes “conocidos”. En este álbum de fototipias que su editor dedicó “a la culta sociedad guayaquileña”,³⁵ las ciudades referentes son París y Barcelona –esta última, lugar natal de Ceriola–, por lo que sus ramblas son comparadas con el malecón de Guayaquil, lo mismo que la actividad de los vapores en el puerto.

En *Guayaquil a la vista* el fantasma del atraso material atraviesa el recorrido visual y, por ello, se alude, en lenguaje grandilocuente, a avenidas “anchas y espaciosas”, edificios “vastos y extensos” y otros lugares “pequeños pero bonitos”.³⁶ En el relato de Ceriola, Guayaquil es un personaje ataviado con las mejores galas para recibir al turista extranjero. Leemos, por ejemplo, en el texto

³⁴ Aquiles Maruri, ed., *Recuerdo de Guayaquil*, Guayaquil, 1909.

³⁵ Juan B. Ceriola, *Guayaquil a la Vista*, Barcelona, Imp. Vda. de Luis Tasso, 1910.

³⁶ Ángel Emilio Hidalgo y María Elena Bedoya, “Guayaquil y Quito: la imagen deseada (1910-1930)”, en *Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil*, No. 87, Guayaquil, enero del 2003, p. 172.

que remata la foto intitulada “Vista parcial de la ría”: “Cuadro lleno de luz, encanto y poesía es el que contempla el viajero, cuando, pasada la isla de Puná, comienza a subir las caudalosas aguas del río Guayas. La exuberancia de la vegetación que se divisa en una y otra orilla, la grandiosidad del río, los reflejos de luz: todo forma un conjunto del más poético y encantador”.

La metáfora del “jardín” que ensayistas como Humberto E. Robles introducen para entender las dinámicas de formación de imaginarios socioculturales,³⁷ en el caso de Guayaquil, empata plenamente con la intención del álbum *Guayaquil a la vista*. Allí, se muestra y “vende” la imagen de una ciudad-jardín, de un paraíso terrenal que prodiga emprendimiento y pujanza, en un entorno armónico de naturaleza y cultura: “La ciudad de Guayaquil no necesita recargarse de adornos para ser bella: basta para hermosearla su exuberante y admirable vegetación”, se lee al pie de una fotografía del Parque Montalvo.

Por lo demás, *Guayaquil a la vista* es un repertorio de sueños y aspiraciones burguesas, un amplio despliegue de artificios ideológicos encaminados a posicionar un discurso hegemónico, donde el ideal urbano se impone sobre lo rural, en pos del progreso y la modernización, a pesar de que apenas hay un puñado de industrias en el puerto: de “fideos, chocolates, galletas, cigarros y cigarrillos, hielo y cerveza, así como dos aserraderos”,³⁸ por lo cual, escasamente podemos hablar de una ciudad donde las relaciones socioeconómicas se han

³⁷ Humberto E. Robles, “Imagen e idea de Guayaquil: el pantano y el jardín (1537-1997)”, en *Caravelle*, No. 69, Toulouse, 1997, pp. 41-67.

³⁸ Eduardo Kingman Garcés, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*, Quito, FLACSO/Universidad Rovira e Virgili, 2006, p. 50.

diversificado, más allá de las actividades comerciales y de servicio que ocupan casi todo el espectro de la economía local.

Finalmente, en medio de las fotografías arquitectónicas de este emblemático álbum están retratadas las personalidades más destacadas de la “vida pública” guayaquileña, en el siguiente orden: clero, empleados públicos (gobierno), consejeros municipales, ministros jueces, decanos y profesores universitarios, profesores del Vicente Rocafuerte, directivos de la Cámara de Comercio, “banqueros, comerciantes y propietarios”, señoritas, niñas y niños de las “principales familias”, directivos del Cuerpo de Bomberos, jefes de policía, abogados, médicos y dentistas, directores de periódicos y periodistas, directores y redactores de revistas literarias, “escritoras, poetisas e institutoras”, “cultivadores de las Bellas Artes”, educadores, compositores y músicos, e “industriales y presidentes de sociedades obreras”.

De esta forma, las fotografías de los representantes de las organizaciones obreras y sindicales del Guayas se ubican al final; pero, antes de ellos, están los intelectuales y artistas; en medio, los profesionales y en la cúspide de la pirámide social, los banqueros, comerciantes, propietarios y altos funcionarios públicos. Es decir, se entroniza la segmentación real de la sociedad guayaquileña que opera en el mundo de la vida, imponiéndose también en los dispositivos ideológicos de poder. Esas publicaciones oficiales son, por lo tanto, caleidoscopios de una ciudad en transformación que ha sido ideológicamente cooptada por una emergente burguesía comercial y bancaria que dirige un proyecto de modernización política,

económica y cultural, con “una disciplina social que se fundamenta en la creación del espíritu cívico y se apoya en el progreso de la ciudad”.³⁹

De esta forma, la modernidad sociocultural se impone más como una idea a ser alcanzada que como la cristalización de un proceso: entre las dinámicas sociales que condicionan las nuevas formas y expectativas de actuar en la ciudad, surge y se reproduce el deseo de ser modernos.

³⁹ Jorge Orlando Melo, op. cit., p. 222.

CAPÍTULO II

LA EXPERIENCIA DEL ATENEO, ENTRE LA POLÍTICA Y LA LITERATURA (1895-1905)

Para entender la dinámica de formación de los grupos intelectuales en Guayaquil (1895-1920) es necesario recurrir al concepto de campo intelectual propuesto por el sociólogo Pierre Bourdieu. En primer lugar, la noción de *campo* implica el establecimiento de una “red de relaciones objetivas”⁴⁰ entre quienes realizan actividades semejantes, de manera autónoma y según ciertas reglas. “Campo intelectual”, por lo tanto, alude a la conformación de una red de intelectuales y agentes ligados a la producción creativa que interactúan según sus intereses, en la búsqueda de un público que legitime sus actos.

La aparición de la figura del intelectual como sujeto autónomo –desligado de competencias políticas– corresponde a la etapa histórica de predominio del capital; es decir, cuando se produce una nueva división del trabajo que impone la búsqueda de especialización y profesionalización del saber letrado, “delineando la reubicación de los escritores ante la esfera pública y estatal”.⁴¹

Como señala el ensayista Pedro Henríquez Ureña, en América Latina se produjo una serie de cambios estructurales que originaron la especialización de las esferas productivas; así, “los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de

⁴⁰ Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en Nara Araújo y Teresa Delgado, selec., *Textos de teorías y crítica literarias. (Del formalismo a los estudios poscoloniales)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2003, p. 239.

⁴¹ Julio Ramos, citado en Leopoldo Zea y Hernán Taboada, comp., *Arielismo y globalización*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia/Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 153.

ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política” y en el caso de los literatos, se convirtieron “en periodistas o maestros, cuando no en ambas cosas”.⁴² Este proceso ocurrió, con avances y retrocesos, entre la segunda mitad del siglo XIX e inicios del siglo XX.

En nuestro país, diversos fueron los espacios y prácticas de sociabilidad que determinaron la existencia de un campo literario e intelectual que sobrevino a la par con los procesos de modernidad política, económica y cultural. En estas líneas, revisaremos dos diferentes vías y ámbitos que coadyuvaron a la formación de campos autónomos en la esfera del pensamiento: los ateneos o centros literarios y las revistas literarias.

Nos detendremos a analizar casos emblemáticos en la organización y funcionamiento de esos espacios de sociabilidad letrada; describiremos sus prácticas e identificaremos a los principales actores culturales, circunscribiendo los procesos en un marco temporal pertinente (1895-1920), para acercarnos a la comprensión de estas formas visibles que eligieron los sectores letrados para acceder a la modernidad, en el caso de la ciudad de Guayaquil.

El Ateneo Olmedo en Guayaquil

Los ateneos o centros literarios eran círculos de sociabilidad donde un grupo de personas se reunía para cultivar las llamadas “bellas letras”, en busca de

⁴² Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 165.

reconocimiento o legitimidad pública. Entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, se produjo en Guayaquil un cambio en las sociabilidades letradas que implicó el paso de las tertulias o círculos privados a los ateneos públicos; es decir, de aquello que Maurice Agulhon llamó el “estadio informal” al “estadio formal”, como parte de una “evolución progresiva de la sociabilidad”.⁴³ Estos espacios eran frecuentados por intelectuales y literatos que destinaban un tiempo fuera de sus obligaciones laborales y familiares para reunirse y planificar actividades relacionadas con el mundo del intelecto.

Es interesante constatar que en los primeros años del siglo XX se multiplicaron estos centros literarios en el puerto principal. Quizá el más destacado de ellos fue el Ateneo José Joaquín Olmedo, fundado el 19 de marzo de 1903 –día del aniversario del prócer y poeta guayaquileño–, destacándose por su órgano de difusión: la *Revista Olmedo* (1903-1906), así como por sus actividades culturales que contribuyeron a visibilizar al Ateneo durante varios años.

Los ateneos o centros literarios eran asociaciones voluntarias que formalizaban las relaciones de amistad e intereses comunes entre sus miembros, a través de estatutos, constitución de directivas y realización de actividades públicas. La presencia de estas sociedades implica que se transitaba de una sociabilidad privada –propia de los círculos burgueses o grupos de amigos que se reúnen en casas particulares a organizar tertulias– a nuevas formas de asociación que incursionaban en la esfera pública, en cuyo ámbito hallaban su sentido y razón de

⁴³ Maurice Agulhon, op. cit., p. 39.

ser, porque se mostraban como el resultado de una acción colectiva de personas interesadas en compartir, con otros, sus gustos, aficiones y talentos.

Planteamos que la comunicación interpersonal era un elemento muy importante en los ateneos literarios. Sin duda, eran espacios que contribuían a ampliar la esfera pública y donde se recreaban nuevas sociabilidades. Por esto último, muchos ateneos crearon órganos de difusión, especialmente periódicos y revistas, que funcionaron como los portavoces de una conciencia letrada que irradió, a todas luces, un contenido ideológico sustentado en el discurso del progreso. Al interior de estos círculos también se organizaron concursos literarios, homenajes y otros eventos públicos.

Hemos señalado que la idea de progreso es una noción que atraviesa el contenido ético de la modernidad occidental, concibiéndola como el último estadio de una trayectoria lineal en la que la humanidad asciende racionalmente hacia la consecución de un estado de bienestar. Por ello, la creación de ateneos y la intervención de los letrados en la esfera pública implicaron un aporte en el proceso de construcción de la nación, puesto que contribuyó a fomentar una conciencia cívica nacida de las elites intelectuales de la sociedad ecuatoriana que entró en diálogo con los contenidos ideológicos del Estado.

En el texto donde se anuncia la creación de la *Revista Olmedo* se expresa la declarada pretensión de aportar a la cultura ilustrada ecuatoriana: “La alborada de un nuevo día anunciaba con sus claros esplandores, la aparición de un astro de

pequeña magnitud (revista), en el cielo del Progreso intelectual”.⁴⁴ Posteriormente, los redactores manifiestan su objetivo de incursionar en el periodismo literario: “para dar a conocer el grado de cultura en que nos hallemos”, y rápidamente identifican a su público: “sea esta la oportunidad para ofrecer nuestras hojas a la demás sociedades literarias y a los distinguidos poetas y escritores de la República”.⁴⁵

De esta forma, se empezó a construir la idea de un campo intelectual formado por múltiples actores (creadores, agentes culturales, público) que participaron de la iniciativa de escritores e intelectuales, al empujar proyectos ilustrados en la búsqueda de comunidades de interpretación que refrenden la labor de esas sociedades.

Entre los mecanismos de legitimación de estas asociaciones estaba el reconocimiento a personalidades de la política local, quienes formaban parte de un directorio honorario que, en el caso del Ateneo Olmedo, lo encabezaba el Presidente de la República. Como dato curioso, en 1903, junto al Presidente Gral. Leonidas Plaza Gutiérrez, aparecía el nombre del Gral. Eloy Alfaro Delgado, su máximo opositor político.

En 1903, el Ateneo Olmedo estaba integrado por 70 miembros, con un directorio encabezado por José Domingo Elizalde Vera (Presidente), Jaime Puig Verdaguer (Vicepresidente) y José Antonio Campos (Protector).⁴⁶ Casi todos los miembros del Ateneo J. J. Olmedo pertenecían a la burguesía y a la mesocracia. Había

⁴⁴ *Revista Olmedo*, Año I, No. 1, Guayaquil, 24 de julio de 1903, p. 1.

⁴⁵ *Ibíd.*

⁴⁶ *Revista Olmedo*, Año I, No. 2, Guayaquil, 24 de agosto de 1903.

comerciantes, hacendados, médicos, periodistas, bibliófilos, fotógrafos, abogados y profesores. Para ingresar se proponía el nombre del candidato y se sometía a la Junta General que también resolvía los pedidos de renuncia y cambios en la dirección.

Llama poderosamente la atención que entre los 70 socios del Ateneo Olmedo no constara una sola mujer. Me pregunto si en los estatutos del Ateneo –lastimosamente, no hemos podido ubicarlos– se impedía la participación femenina. Sin embargo, es conocido que la intervención de la mujer en la esfera pública, hacia 1900, era prácticamente nula. Poquísimas eran las revistas ilustradas donde las mujeres ecuatorianas intervenían, destacándose las que ellas publicaron de manera íntegra y que recibieron el nombre de “revistas feministas”, como *La Mujer* (1905) y *La Ondina del Guayas* (1907), pioneras en el medio.⁴⁷

La formalidad con la que se actuaba en los actos públicos del Ateneo Olmedo revela un cierto barroquismo en la sociabilidad de sus miembros, así como un intento por demostrar versatilidad en la apreciación y el cultivo de las artes, particularmente en la poesía, la música, el canto y la declamación. En una nota publicada en la *Revista Olmedo*, se felicita a los congéneres del Círculo Juan Montalvo por una velada literario-musical organizada en homenaje al 9 de octubre de 1820, destacando las “viriles y patrióticas composiciones que fueron declamadas, siendo acogidas por nutridas salvas de aplausos por la selecta y distinguida concurrencia que asistió”.⁴⁸ La alusión al patriotismo debe entenderse

⁴⁷ Florencia Campana, *Escritura y periodismo de las mujeres en los albores del siglo XX*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Ediciones Abya-Yala/Corporación Editora Nacional, 2002, p. 28.

⁴⁸ *Revista Olmedo*, Año I, No. 4, Guayaquil, 24 de octubre de 1903, p. 58.

como un intento de hacer presencia en los actos oficiales y visibilizar a los ateneos literarios en la esfera pública, como representantes de un sector de la intelectualidad guayaquileña.

Aspecto interesante es la composición heterogénea de los miembros del Ateneo Olmedo, por la convivencia entre escritores viejos y jóvenes, así como conservadores y liberales: junto al sacerdote español Juan Bautista Ceriola, alternaban en las reuniones los liberales radicales Vicente Paz Ayora y Manuel M. Valverde. La documentación nos sugiere una alternancia de jóvenes y adultos mayores en la presidencia del centro; por ejemplo, cuando se recuerda a Otón Gilberto Monroy Garaicoa como uno de los fundadores y ex presidentes del Ateneo Olmedo, quien falleció prematuramente.⁴⁹ Una autora que estudió el fenómeno de los ateneos decimonónicos en Buenos Aires explica que la diversidad etaria de estos círculos ilustrados “se comprende en el marco de la peculiaridad del medio en que surgió”,⁵⁰ esto es, el híbrido entorno sociocultural de una ciudad puerto. En el Ecuador, Guayaquil era la puerta por donde entraban las novedades, las modas y las ideas, un “bazar árabe” con atisbos de cosmopolitismo que, en el caso de las expresiones artísticas, aceptaba sin reservas los valores culturales europeos.

En cuanto a la composición étnica y clasista de los miembros del Ateneo, constatamos que pertenecían a las clases alta y media. En su mayoría eran blanco mestizos, aunque curiosamente figuran pocos extranjeros, pese a la

⁴⁹ *Revista Olmedo*, Año I, No. 12, Guayaquil, 24 de junio de 1904, p. 162.

⁵⁰ Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 352.

constatable presencia de europeos (particularmente italianos, franceses, alemanes y españoles) en el medio artístico porteño de esos años.

Detalle característico de este tipo de sociedades literarias también fue la presencia de una sociabilidad burguesa en sus ademanes de “buen gusto” como mecanismo de diferenciación social y la necesidad de intervenir en la esfera pública. En este último aspecto, la existencia de una revista era trascendental porque suponía la interacción con un público letrado que seguía atentamente los eventos del Ateneo. La *Revista Olmedo* aparecía mensualmente, bajo el subtítulo de “revista de ciencias y letras”, e incluía poemas, discursos y pequeños ensayos en un formato mediano, con un promedio de 14 páginas por número.

Dentro de las estrategias para atraer lectores, la revista hacía convocatorias públicas como el concurso en homenaje a José Joaquín de Olmedo que se organizó en 1904, con la invitación a elaborar un ensayo sobre “Olmedo, gloria nacional como Patricio” y un poema que debía titularse: “Olmedo, gloria de las letras nacionales”.⁵¹ Una vez resuelto y leído el veredicto, las composiciones debían declamarse, rasgo, este último, muy importante para entender el tipo de sociabilidad pública que predominaba en estas sociedades literarias: una basada en la oralidad y la gestualidad, esto es, en la exteriorización de un ritual de mostrarse en público, lo que sugiere –en medio de los cambios en el sentido del gusto y las sensibilidades literarias– la persistencia de una sociabilidad de antiguo régimen que empataría con el perfil del intelectual-literato del siglo XIX: aquel que

⁵¹ *Revista Olmedo*, Año, I, No. 9, Guayaquil, 24 de marzo de 1904, p. 130.

participaba en la vida de la nación como mentor-guía y portavoz de la conciencia patriótica en la “república de las letras”.

Dos hechos confirmarían lo anterior: el primero, cuando José D. Moral, socio del Ateneo, propone la organización de una “Escuela de Elocuencia”, iniciativa apoyada por la Junta General. Según Juan J. Quintana, “comisionado por la presidencia” para contestar a Moral, el proyecto de la “Escuela de Elocuencia” es “importantísimo y de gran utilidad para el cultivo y desarrollo de nuestras jóvenes inteligencias”.⁵² Es decir, el saber literario se resume en el cultivo de la retórica y la elocuencia. El mundo de la elocuencia es el horizonte estético del tribuno, del orador de estilo y el declamador de oficio que se enfrentan al auditorio letrado, en el marco de una sociabilidad burguesa de veladas, sabatinas y conciertos.

El letrado en la época de los ateneos es un orador que interviene en la vida pública de la nación, haciendo uso de la retórica para convencer al público. Ante la ausencia de una academia de letras y humanidades –en la Universidad de Guayaquil de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX sólo habían las carreras de Medicina y Jurisprudencia–, la actividad del letrado se reducía a la lectura y la poesía, pero también a la aplicación práctica de la retórica y la elocuencia como destrezas que debían ser cultivadas por los hombres públicos.

“El poeta nace, el orador se hace”, es la cita que introduce José D. Moral, socio del Ateneo Olmedo, en su discurso de defensa al proyecto de “Escuela de Elocuencia”, fundamentándolo así: “Si reconocido por todos está como muy importante para el hombre saber expresar de una manera elegante y natural sus

⁵² *Revista Olmedo*, Año II, No.19, Guayaquil, 9 de abril de 1905.

ideas y sentimientos, esta necesidad crece hasta llegar a hacerse imprescindible en el individuo que posee una profesión liberal o en el ciudadano que justamente aspira a llegar algún día a representar a sus compatriotas en cualquier reunión o asamblea”.⁵³

Se comprueba así, la existencia de un hombre ilustrado que es visto inconfundiblemente como “apóstol secular, educador del pueblo y la nación”,⁵⁴ aunque no vive de las letras, sino de sus profesiones y actividades que le representan beneficios económicos. Estamos todavía, hay que decirlo, en la república aristocrática de las letras, al traslaparse la pirámide social con la “suplantación de la “aristocracia de sangre” por una “aristocracia del saber” conformada, tan solo, por ciudadanos ilustrados”.⁵⁵

En este punto, suscribimos la formulación del ensayista Ángel Rama cuando detecta una “tenaz resistencia aristocrática de los letrados”⁵⁶ del siglo XIX e identifica a estos intelectuales como “pensadores” de la razón de Estado, similar a la idea gramsciana de los intelectuales orgánicos, esta vez, del aparato estatal, quienes funcionan como mediadores entre los ciudadanos y las instituciones del estado nación, a través de ciertos mecanismos discursivos ligados con una de las principales herramientas de propagación de la modernidad ilustrada: la educación. Así, la modificación de las bases de la sociabilidad letrada opera en la transición

⁵³ *Revista Olmedo*, ibídem.

⁵⁴ Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Barcelona, Katz Editores, 2008, p. 15.

⁵⁵ Carmen Mc Evoy, “De la república utópica a la república práctica: intelectuales y artesanos en la forja de una cultura política en el área andina (1806-1878)”, en Juan Manguashca, ed., *Historia de América Andina. Creación de las repúblicas y formación de la nación*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/LIBRESA, 2003, p. 367.

⁵⁶ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, FIAR, 1984, p. 153.

“del discurso religioso de dominación a los discursos modernos”; es decir, como dice Carlos Altamirano, “de la empresa de evangelizar se pasa a la de educar”.⁵⁷

Por ello, la relación entre la política y la literatura anticipan la constitución de un campo literario autónomo, cuyo engarce ideológico constituye el ideal civilizador de la educación y cultura laicas, cuando el *saber decir*⁵⁸ es huella y credencial de estatus intelectual, al tiempo que capital simbólico que actúa “como factor de excelencia social”.⁵⁹

No extraña, pues, que el ideal de formación literaria se enfoque desde el cultivo de la retórica y la elocuencia, como un instrumento práctico y necesario para quien interviene en la república de las letras; es decir, en ese espacio fronterizo entre la política y la literatura que le permite al hombre “civilizado” escapar de la ordinariez, a partir del cultivo de las “bellas letras”. Detengámonos, por último, en las palabras del escritor guayaquileño José Antonio Campos quien, en 1904, hace una defensa de la retórica como elemento central de la educación literaria: “Vida práctica es la del magistrado que piensa en el bienestar de su pueblo y a él contribuye con todos sus esfuerzos; la del legislador en el Parlamento, que estudia las necesidades públicas y las armoniza con las leyes; la del letrado que defiende la inocencia y castiga al delincuente; la del maestro que alumbra las inteligencias con la luz de la verdad; la del sacerdote que predica el bien; la del sabio que descubre una ley física o inventa una fórmula para el bienestar de la humanidad. Despojad a esos

⁵⁷ Carlos Altamirano, ob. cit., p. 18.

⁵⁸ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Cuarto Propio/Callejón, 2003, p. 81.

⁵⁹ Carlos Altamirano, op. cit., p. 19.

talentos de su instrucción literaria e interrumpirán su majestuoso vuelo para caer abatidos en el piélago de la vulgaridad”.⁶⁰

Cuando el autor habla de “vulgaridad” se refiere a lo que no es letrado y a lo que está alejado de las “necesidades públicas”. Lo popular cotidiano es, por lo tanto, expulsado de la “civitas”, de forma que la construcción de la nación es imaginada por estos ilustrados como una cruzada contra quienes no logran “armonizar con las leyes” impuestas por ellos mismos: sujetos hombres, blanco mestizos y letrados, abocados en la tarea de civilizar al “pueblo”.

⁶⁰ José Antonio Campos, “Necesidad de la educación literaria como complemento de toda educación”, en *Revista Olmedo*, Año II, No. 3, Guayaquil, 9 de octubre de 1904, p. 188.

CAPÍTULO III

LA SOCIABILIDAD DE LOS MODERNISTAS GUAYAQUILEÑOS

(1896-1920)

El historiador y crítico de la literatura Humberto E. Robles demostró en una investigación sobre las revistas literarias del periodo (1895-1930) que el modernismo literario llegó al Ecuador sin mayor tardanza, en comparación con los demás países latinoamericanos.⁶¹ En 1896, el mismo año en que Rubén Darío editaba *Prosas profanas*, un grupo de poetas fundó en Guayaquil la revista *América Modernista*, irrumpiendo con entusiasmo en la vida literaria y cultural del puerto.

América Modernista fue una publicación quincenal de literatura que desde el comienzo manifestó su filiación a las nuevas sensibilidades estéticas que recorrían el continente. En el editorial del primer número de la revista se explica la intención de la revista: “*América Modernista*, más que un nombre, es un símbolo: viene a representar en el Ecuador la escuela del *modernismo*, esa nueva religión del Arte en el Sentimiento, predicada por sus sacerdotes Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón y la mayor parte de los consignados en nuestra nómina de *Corresponsales y Colaboradores*”.⁶²

En la frase anterior se revela la intención que tenían Joaquín Gallegos del Campo, Miguel M. Luna y Emilio Gallegos del Campo, directores y editores de la revista:

⁶¹ Michael H. Handelsman, *El modernismo en las revistas literarias del Ecuador: 1895-1930*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1981.

⁶² *América Modernista*, Año 1º, No. 1, Guayaquil, 20 de junio de 1896.

ponerse al día con la producción literaria del modernismo que, sobre todo en la lírica, reclutaba espíritus “de jóvenes entusiastas y amantes de la buena literatura”,⁶³ ávidos por saber lo que acontecía en el escenario de la poesía hispanoamericana.

De ahí que esta revista literaria inaugura la vocación internacionalista de los modernistas. Aunque estéticamente hablando, los poetas de 1896-1898 no son propiamente modernistas sino, más bien, románticos, su credo ideológico es moderno: “los artistas americanos aman con entusiasmo, la novedad”, dice Arturo A. Ambrogi en un texto ensayístico.⁶⁴

Y en gesto cosmopolita, incluyen poemas de José Santos Chocano, Rubén Darío y Manuel Gutiérrez Nájera, así como saluciones a la obra de Numa Pompilio Llona, Emilio Zola y José Enrique Rodó.

Como ilustra J. A. Falconí Villagómez, los poetas guayaquileños de fines del siglo XIX pueden ser considerados los representantes de la transición del romanticismo al modernismo, pues “ya no escribían octavas reales, epinicios, silvas, a modo de la época, ni nombraban insistentemente a Filis, Filomelas, Boreas, Rosiclères, Pontos ni otros gastados clisés de aquellos tiempos”.⁶⁵ Su principal gesto, a no dudarlo, fue el convencimiento de que con la publicación de una revista especializada en “poesía modernista” inauguraban un nuevo espacio de

⁶³ *Ibíd.*

⁶⁴ Arturo A. Ambrogi, “Modernistas americanos”, en *América Modernista*, Año 1º, No. 2, Guayaquil, 5 de julio de 1896.

⁶⁵ J. A. Falconí Villagómez, *Los precursores del modernismo en el Ecuador: César Borja y Falquez Ampuero*, Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959, p. 46.

sociabilidad letrada que surgiría como el natural lugar de enunciación de los escritores de las siguientes generaciones.

Cuando los intelectuales literatos de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX lograron desmarcarse de la política, se impuso una racionalización del papel del letrado en la nueva división del trabajo, en la demarcación de un campo autónomo con sus propias leyes, prácticas y mecanismos de legitimación. Por ello, los de *América Modernista* fueron considerados “pioneros” para la nueva camada de escritores de principios del siglo XX, “no porque fueron los primeros en trabajar ideas, sino porque ciertas prácticas intelectuales, especialmente aquellas ligadas a la literatura, comenzaron a establecerse fuera de la política y frecuentemente, aunque no siempre, en oposición al Estado”.⁶⁶

No es mi propósito hablar aquí sobre la estética de los modernistas, tampoco acerca de su estilística o registros discursivos. Sí me interesa, en cambio, aportar con una reflexión analítica sobre el nuevo tipo de sociabilidad letrada que supuso en nuestro medio (Ecuador y particularmente la ciudad de Guayaquil) la presencia de estos escritores que rompieron con la tradición establecida, desde actitudes, gestos y prácticas que pueden ser consideradas modernas.

En el proceso de constitución de nuevas sensibilidades culturales que trajo consigo la modernidad, sostengo que la prensa jugó un papel decisivo en crear condiciones de posibilidad para la existencia de un campo literario autónomo, porque viabilizó la presencia de redes y espacios que acrecentaron la opinión pública. La formación de los grupos letrados y su intervención en la prensa implicó

⁶⁶ Carmen Mc Evoy, op. cit., p. 308.

la institucionalización de microsociedades –las revistas pueden ser consideradas micro espacios sociales o “estructuras de sociabilidad intelectual”–⁶⁷ donde se enriqueció el intercambio creativo entre los literatos, quienes empujaron proyectos de reconocimiento sociocultural en la esfera de su especialización.

Como dice el sociólogo Osmar Gonzales, estas empresas literarias nacen, por lo general, de iniciativas particulares de amigos que coinciden en determinados espacios y deciden involucrarse en procesos asociativos de producción y gestión cultural, muchas veces desde la experiencia de trabajar en salas de redacción de periódicos o revistas.⁶⁸

Este parece haber sido el caso de la revista literaria *Renacimiento* (1916-1917), cuyos directores y colaboradores más asiduos también habían impulsado la aparición de *El Telégrafo Literario* (1913-1914), otra publicación emblemática del modernismo lírico ecuatoriano que alcanzó a preconizar los valores ilustrados y los, por ellos, llamados “ideales del arte”.⁶⁹

La edición de revistas literarias fue el principal vehículo de comunicación de los modernistas en el Ecuador y su carta de presentación ante la sociedad. Con el paso del tiempo se convirtieron en “estructuras de sociabilidad intelectual” pero, sobre todo, en caballos de batalla de las sociabilidades que surgieron entre la nueva generación de jóvenes intelectuales y literatos, a quienes ya no les interesaba participar en los eventos y certámenes públicos relacionados con el

⁶⁷ Osmar Gonzales Alvarado, *Prensa escrita e intelectuales periodistas 1895-1930*, Lima, Universidad de San Martín de Porres, 2010, p. 29.

⁶⁸ *Ibídem*, p. 30.

⁶⁹ Michael H. Handelsman, *op. cit.*, p. 31.

“gusto burgués” de la generación anterior: las veladas, conciertos y actos oficiales de los ateneos eran vistos como gestos mediocres y anquilosados, en un medio mercantilista y vulgar que no apreciaba la búsqueda del “ideal”, es decir, el verdadero cultivo de la poesía y la búsqueda de un espacio autónomo para poder desarrollarse como lo que eran: escritores.

Y es que el campo autónomo de la literatura no está conformado únicamente por el estilo y las “narrativas de legitimación (la crítica a la modernidad)”⁷⁰ en las que se inscriben los nuevos vates sino, sobre todo, en la búsqueda de un lugar de enunciación propio, con sus específicos códigos y prácticas discursivas.

Ese “ideal” que tanto acariciaban los modernistas era, finalmente, la consecución de un espacio autónomo donde podían alcanzar reconocimiento social como ciudadanos y artistas. En el contexto de la marcada división del trabajo y especialización laboral propia de los procesos de modernización socioeconómica, los artistas y literatos buscaban su sitio en un entorno pragmático y mercantilista que los repelía y estigmatizaba como individuos “raros”, y los confinaba al escarnio.

En un ensayo crítico sobre la “nueva poesía guayaquileña” (1916), Julio César Endara cuestiona la incompreensión social hacia los “jóvenes poetas”, al punto de “descargar una serie de calumnias [...] sobre esos jóvenes liróforos que han comprendido el arte con tal intensidad que no pasan entre nosotros como aves

⁷⁰ Julio Ramos, op. cit., p. 87.

raras y molestas”.⁷¹ En esa línea se inscribe la promoción literaria de *Renacimiento*, revista guayaquileña que vio la luz en enero de 1916, con la finalidad de “hacer obra de cultura literaria en nuestro reducido campo intelectual”.⁷² La noción de campo, en el sentido de una esfera autónoma con sus propias reglas que posibilite a estos literatos reproducirse socialmente, está presente aquí. Esta idea se refuerza cuando los directores de *Renacimiento* aclaran que el objetivo de la revista es “crear un medio disciplinario en materia de estética, que agrupe todas las vocaciones artísticas y recoja los valores literarios todos”,⁷³ es decir, se busca un espacio y marco referencial para el ejercicio profesional del arte y la literatura, acogiendo la diversidad de actores y propuestas.

Pero la existencia de un campo cultural autónomo no es cortapisa para que estos literatos expresen, a su manera, un posicionamiento político y social. El rechazo que exhibían a los convencionalismos de una sociedad mojigata y colmada de apariencias les permitía posicionarse desde una actitud crítica, en términos éticos, más allá de las diferencias estéticas que les separaban de la generación anterior, la de los poetas románticos.

La politicidad de los modernistas guayaquileños estaría ligada, por lo tanto, a la creación de espacios de intervención en la esfera pública, donde el libre ejercicio creativo es el fin que persiguen, a través de medios de difusión de sus ideas como son las revistas especializadas, en cuyas páginas se revela la existencia de comunidades de interpretación. A modo de ejemplo, la revista *Renacimiento*

⁷¹ Julio César Endara, “La nueva poesía guayaquileña”, en *Renacimiento*, Año I, Vol. 1, No. II, Guayaquil, agosto de 1916, p. 64.

⁷² “Primera página”, *Renacimiento*, Año I, Vol. I, No. 1, Guayaquil, julio de 1916, p. 1.

⁷³ *Ibíd.*

aparece como una especie de laboratorio de ideas para los poetas guayaquileños de inicios del siglo XX, donde también se vislumbra el ethos moderno que atraviesa y sostiene el proyecto estético de los modernistas. Allí, como en otras revistas literarias del periodo, se definen –con mayor o menor lucidez– los perímetros de un campo literario que está sentando sus mojones: en primer lugar, la invención de un lenguaje propio, con los horizontes metalingüísticos del modernismo; en segundo lugar, la existencia y reproducción de mecanismos de legitimidad donde la crítica literaria juega un papel fundamental y, finalmente, lo que Julio Ramos llama las “narrativas de legitimación” basadas en “la crítica a la modernidad”.⁷⁴

De los anteriores componentes nos interesa más el último, porque allí se vislumbran los entresijos de la sociabilidad de los modernistas, quienes por todos los medios intentaron distanciarse de sus predecesores. Mientras que los literatos guayaquileños de la época de los ateneos se placían por aparecer en público y emitir discursos ampulosos de contenidos políticos o moralizantes, los “nuevos” escritores preferían el trabajo silencioso y la dedicación a la actividad editorial. Si bien es cierto que existía una “radical dependencia” de la literatura con respecto a la prensa,⁷⁵ las revistas literarias como *Renacimiento* eran pensadas como espacios independientes donde se reproducía el tipo de sociabilidad que estos sujetos exteriorizaban: una basada en la “conciencia de la especialización”, en

⁷⁴ Julio Ramos, op. cit., p. 87.

⁷⁵ *Ibíd.*

palabras de Carlos Altamirano;⁷⁶ es decir, en el carácter de experto que el literato modernista decía ostentar.

Así, cuando *Renacimiento* se hace eco del homenaje que algunos centros literarios del puerto le rinden al experimentado poeta Nicolás Augusto González, el redactor manifiesta que “la índole literaria de nuestra revista nos priva de reseñar el acto, grandioso y elocuente, en todos sus detalles”⁷⁷ y, en cambio, transcribe el discurso que ofreció el poeta Medardo Ángel Silva, en representación de la revista. El mismo Silva, en un ensayo sobre la poesía de Humberto Fierro publicado en *Renacimiento*, celebraba la personalidad huraña de su congénere, tomando las palabras de José Santos Chocano: “odio el rumor con que hablan los cenáculos”. Para el autor de *El árbol del bien y del mal*, la actitud del poeta Fierro se ajustaba a su talante de “poeta”, “creador” y “artífice”, “alejado del estrecho círculo del medio ambiente, de la ruin *política literaria*”, al desdeñar el conjunto de “literatizantes, críticos y otros parásitos del jardín de Apolo, que fabrican prestigios cotidianamente”.⁷⁸ Por ello, el papel de la crítica literaria es clave en la formación del campo literario, ya que no sólo expresa la necesidad de legitimar un canon, sino la de crear públicos informados en el saber letrado.

La segunda diferencia entre los “viejos” y “nuevos” literatos deriva del nivel de profesionalización y especialización que estos últimos persiguieron. Los escritores modernistas de *Renacimiento* o *El Telégrafo Literario* no fueron aficionados ni

⁷⁶ Carlos Altamirano, “Élites culturales en el siglo XX latinoamericano”, en Carlos Altamirano, ed., *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz Editores, 2010, p. 14.

⁷⁷ “Homenaje a González”, en *Renacimiento*, Año I, Vol. I, No. 10, Guayaquil, 1917, p. 395.

⁷⁸ Medardo Ángel Silva, “Un poeta selecto”, en *Renacimiento*, Año I, Vol. I, No. IV, Guayaquil, octubre de 1916, p. 142.

diletantes, sino asiduos practicantes del oficio. Los poetas se reunían con frecuencia en las redacciones de los periódicos donde trabajaban, en los cafés o en alguna casa particular, para leer y comentarse los textos. Podían también buscar el criterio de escritores veteranos como Nicolás Augusto González, llevándole composiciones “para que las corrija”,⁷⁹ como muestra de respeto a su magisterio. Finalmente, la actividad editorial les hacía perseverar en el empeño por difundir los textos líricos que, en el caso de la revista *Renacimiento*, debían ser inéditos.

Un tercer contraste era la actitud que los jóvenes poetas llamados “modernistas” asumían frente a un materialismo exacerbado que parecía brotar en la vida cotidiana, como resultado del proceso de acumulación originaria que experimentaba Guayaquil y que había propiciado la emergencia de una burguesía mercantil capitalista durante el periodo liberal. Estos bardos criticaban la cultura “municipal y espesa”⁸⁰ de la oficialidad, así como el “terrible medio”⁸¹ que impedía el surgimiento de una intelectualidad dedicada exclusivamente al cultivo de las letras.

Lo anterior les llevó a sentirse extraños frente a los valores de ascenso social y crecimiento económico que imponía la mentalidad burguesa, por lo cual,

⁷⁹ F. J. Falquez Ampuero, “Con el poeta González”, en *Renacimiento*, Año I, Vol. I, No. 9, Guayaquil, marzo de 1917, p. 328.

⁸⁰ J. J. Pino de Icaza, *Una interpretación de Medardo Ángel Silva*, Guayaquil, Imprenta del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, 1955, p. 13.

⁸¹ Julio César Endara, “Notas acerca de la formación de los intelectuales”, en *Renacimiento*, Año I, Vol. I, No. IV, Guayaquil, octubre de 1916, p. 139.

reaccionaron instituyendo “una contracultura en que reinaban la belleza y el arte como valores eternos”.⁸²

Finalmente, los modernistas porteños de comienzos del siglo XX se diferenciaron de sus precursores por una acendrada movilidad literaria que les llevó a establecer un abundante intercambio humano y comunicacional, por la correspondencia con escritores de otros países hispanoamericanos, a quienes se invitó a colaborar en nuestras revistas literarias, así como por los viajes al exterior donde se llevaba la representación del Ecuador.

Ese afán cosmopolita les llevó a establecer redes de intercambio con escritores de América y Europa –la revista *Renacimiento* tenía corresponsales en diez países–; de hecho, una forma de ser modernos era sentirse parte de una comunidad transnacional de sentido que impulsaba los contenidos éticos y estéticos de una nueva sensibilidad cultural, más allá de los gestos rupturistas de inspiración literaria. Por ello, los poetas modernistas guayaquileños fueron, entre 1895 y 1920, los principales actores de una modernidad sociocultural en proceso de gestación.

⁸² Michael H. Handelsman, *El modernismo en las revistas literarias del Ecuador: 1895-1930*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1981, p. 21.

CONCLUSIONES

El estudio de la sociabilidad como realidad histórica contrastable en los procesos sociales a través del tiempo me lleva a enfocarme en el objeto de estudio de este trabajo, esto es, los espacios y prácticas de sociabilidad letrada en Guayaquil (1895-1920), desde una mirada que complejice las relaciones entre las condiciones materiales de existencia, particularmente la construcción de una ciudad moderna que se proyectó luego del incendio grande de 1896, cuando la ciudad prácticamente desapareció, así como el impulso del modelo agroexportador que entre 1880 y 1920 estimuló procesos migratorios del campo a la ciudad y favoreció la existencia de una nueva división del trabajo, donde surgieron capas medias de profesionales liberales que se especializaron.

En esa coyuntura, los escritores buscaron espacios de mayor autonomía para ejercer su vocación y ocupar un sitio en la “república de las letras”. Dos formas distintas de inscribirse en la modernidad sociocultural por parte de los literatos fueron, en primer lugar, la creación de ateneos o centros literarios; es decir, asociaciones voluntarias de individuos ligados por intereses comunes que buscaron reconocimiento público mediante sus actividades de gestión cultural.

Estos escritores conservaron algunos rasgos premodernos de sociabilidad como el uso de la retórica y la elocuencia como dispositivos de inserción en la esfera pública, aunque buscaron otros mecanismos de legitimación en el medio literario, como la publicación de órganos oficiales, cual fue el caso de la *Revista Olmedo*, perteneciente al Ateneo José Joaquín Olmedo. Una segunda generación de

intelectuales literatos enunció una mayor radicalidad frente a los aspectos extraliterarios, al separarse de la influencia directa de la política y concentrarse en su propio trabajo creativo, exaltando el predominio de la individualidad creadora. Su politicidad se centró en la creación de esferas autónomas para la literatura y en la exteriorización de actitudes críticas hacia los convencionalismos de la época.

Estos poetas llamados “modernistas” publicaron revistas literarias que funcionaron como espacios de sociabilidad que impusieron pautas de actuación y reglas de desenvolvimiento en la esfera pública, desde el particular ámbito de su especialización. El poeta y artista modernista sintió un llamado en la búsqueda del “ideal”, de ese espacio vital que le permitiera actuar con independencia de la política y la moral, blandiendo un discurso crítico frente a los excesos del mercantilismo y el anquilosamiento del medio social e intelectual.

De esta forma, entre 1895 y 1920, operó un proceso sociocultural en Guayaquil que trajo consigo la visibilización de nuevos actores, espacios y proyectos letrados. En el transcurso de una paulatina secularización de la cultura que operó en la sociedad ecuatoriana a lo largo del siglo XIX y se profundizó con la Revolución Liberal, presenciamos el ascenso de nuevas sensibilidades artísticas y literarias, así como el despliegue de inéditas formas de sociabilidad letrada, bajo el entramado de condiciones estructurales que posibilitaron la emergencia de nuevos ciudadanos de la palabra, dentro del impulso inicial experimentado en el proceso de formación del campo literario en el Ecuador.

BIBLIOGRAFÍA

Agulhon, Maurice, *El círculo burgués*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Altamirano, Carlos, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.

Altamirano, Carlos, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

Amador, J. M., *Colección de Ordenanzas, Contratos y Resoluciones*, Guayaquil, 1894.

América Modernista, Guayaquil, 1896-1898.

Balseca Franco, Fernando, *Llenaba todo de poesía. Medardo Ángel Silva y la modernidad*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Taurus, 2009.

Benjamin, Walter, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Madrid, Taurus, 2001.

Bourdieu, Pierre, "Campo intelectual y proyecto creador", en Nara Araújo y Teresa Delgado, selec., *Textos de teorías y crítica literarias. (Del formalismo a los estudios poscoloniales)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2003.

Campana, Florencia, *Escritura y periodismo de las mujeres en los albores del siglo XX*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Ediciones Abya-Yala, Corporación Editora Nacional, 2002.

Campos, José Antonio, "Necesidad de la educación literaria como complemento de toda educación", en *Revista Olmedo*, Año II, No. 3, Guayaquil, 9 de octubre de 1904.

Ceriola, Juan B., *Guayaquil a la Vista*, Barcelona, Imp. Vda. de Luis Tasso, 1910.

Clark, Kim, "El sexo y la responsabilidad en Quito: prostitución, género y Estado, 1920-1950", en *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, No. 16, Quito, Corporación Editora Nacional, 2001.

Colección de decretos, ordenanzas, resoluciones y contratos. Corresponde al año de 1895, Guayaquil, Tip. de la E. de Artes y Oficios de la Sociedad Filantrópica, 1896.

Colección de leyes, decretos, mensajes, acuerdos, circulares, ordenanzas, resoluciones, reglamentos y contratos concernientes a esta Municipalidad y correspondientes al año de 1908, Guayaquil, I. Concejo Cantonal de Guayaquil, 1909.

Colección de leyes, decretos, ordenanzas, acuerdos, resoluciones y contratos concernientes a esta Municipalidad y correspondientes al año de 1912, Guayaquil, Imprenta La Reforma, 1913.

Colección de leyes, decretos, ordenanzas, acuerdos, resoluciones y contratos concernientes a esta Municipalidad y correspondientes al año de 1913, Guayaquil, Imprenta La Reforma, 1914.

El Ecuador. Guía Comercial, Agrícola e Industrial de la República, Guayaquil, Talleres de Artes Gráficas de E. Rodenas, 1909.

Falconí Villagómez, J. A., *Los precursores del modernismo en el Ecuador: César Borja y Falquez Ampuero*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959.

Gonzales Alvarado, Osmar, *Prensa escrita e intelectuales periodistas 1895-1930*, Lima, Universidad de San Martín de Porres, 2010.

González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Gutiérrez Girardot, Rafael, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Handelsman, Michael H., *El modernismo en las revistas literarias del Ecuador: 1895-1930*, Cuenca, 1981.

Harrison, Regina, *Entre el tronar épico y el canto elegíaco: simbología indígena en la poesía ecuatoriana de los siglos XIX-XX*, Quito, Abya-Yala/Universidad Andina Simón Bolívar, 1996.

Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Hidalgo, Ángel Emilio y María Elena Bedoya, "Guayaquil y Quito: la imagen deseada (1910-1930)", en *Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil*, No. 87, Guayaquil, enero del 2003.

Ibarra, Hernán, *Indios y cholos. Orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, Quito, El Conejo, 1992.

Kingman, Eduardo “Cultura popular, vida cotidiana y modernidad periférica”, en Valeria Coronel y Mercedes Prieto, coord., *Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana*, Quito, FLACSO, 2010.

Kingman Garcés, Eduardo, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*, Quito, FLACSO/Universidad Rovira e Virgili, 2006.

Larraín, Jorge, *Identidad y modernidad en América Latina*, México, 2000.

Lee, Pablo, Florencio Compte y Claudia Peralta, *Patrimonio arquitectónico y urbano de Guayaquil*, Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Ediciones La Chaza, 1989.

Londoño Vega, Patricia, *Religión, cultura y sociedad en Colombia: Medellín y Antioquia, 1850-1930*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Malosetti Costa, Laura, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Martínez, Agustín, “La ilustración latinoamericana y la modernización de la sociedad”, en Beatriz González Stephan y otros, *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1994.

Martínez, Luis A., *A la Costa*, Quito, Círculo de Lectores, 1984.

Mc Evoy, Carmen, “De la república utópica a la república práctica: intelectuales y artesanos en la forja de una cultura política en el área andina (1806-1878)”, en Juan Maiguashca, ed., *Historia de América Andina. Creación de las repúblicas y formación de la nación*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/LIBRESA, 2003.

Melo, Jorge Orlando, “Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización”, en Jesús Martín Barbero y Fabio López de la Roche, ed., *Cultura, medios y sociedad*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998.

Miño Grijalva, Wilson, *Locura y muerte de los poetas malditos*, Quito, Oriol, 2007.

Mongin, Olivier, *La condición urbana: la ciudad a la hora de la mundialización*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

Monsiváis, Carlos, *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

Paz, Octavio, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1981.

Pino de Icaza, J. J., *Las estrellas del “Hermes”. Ensayos de una interpretación social de la poesía guayaquileña*, Guayaquil, Imprenta Municipal, 1945.

Pino de Icaza, J. J., *Una interpretación de Medardo Ángel Silva*, Guayaquil, Imprenta del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, 1955.

Poblete, Juan, “Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXVI, No. 52, segundo semestre de 2000.

Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo, FIAR, 1984.

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Cuarto Propio/Callejón.

Renacimiento, Guayaquil, 1916-1917.

Revista Olmedo, Guayaquil, 1903-1906.

Robles, Humberto E., "Imagen e idea de Guayaquil: el pantano y el jardín (1537-1997)", en *Caravelle*, No. 69, Toulouse, 1997.

Rojas M., Milton y Gaitán Villavicencio, *El proceso urbano de Guayaquil 1870-1980*, Quito-Guayaquil, ILDIS/CER-G, 1988.

Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

Valencia Sala, Gladys, *El círculo modernista ecuatoriano. Crítica y poesía*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Ediciones Abya-Yala/Corporación Editora Nacional, 2007.

Zea, Leopoldo y Hernán Taboada, comp., *Arielismo y globalización*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia/Fondo de Cultura Económica, 2002.